

especie de reto. «Ahí fuera me lo dirá usted, si quiere», contestó Requenita a la provocación más directa de su adversario. Intervenimos, les calmamos, y al parecer quedó arreglado todo.

A eso de las cinco de la madrugada, que es tanto como decir que era día claro, salíamos juntos del Casino el director de *El Teucrense* y yo. Habíamos cenado, y aturdidos por el sueño y unas copas de detestable pseudo-Champaña, mirábamos con sorpresa, parpadeando la luz solar, cuando al poner el pie en la calle se arrojaron sobre nosotros cuatro o cinco individuos, vociferando interjecciones. Eran los de la turbia *La Aurora* periodística. Nos amanecía a palos. Venían armados de garrotes, y el primer lampreazo cayó, sonoro y magnífico, sobre las espaldas del director de *El Teucrense*, que retrocedió, pálido de susto, gritando: «¡Indecentes... canallas!» El siguiente fué para mí, y me alcanzó en el sombrero, que por fortuna resguardó mi cabeza. Pero secundaron, y sentí el golpe en la mano, tan doloroso, que encendió mi furia, y en vez de pedir auxilio, me arrojé sobre el que acababa de herirme, le desarmé, y con su propio bastón le perseguí, sin conseguir pegarle, porque apeló a la fuga. A todo esto ya se habían reunido varios rezagados del baile, con esa prontitud que tienen las gentes para enterarse de los acontecimientos y acudir a su teatro. Levantaron del suelo al del *Teucrense*, que se quejaba de puntapiés y pisotones, amén de los bastonazos; y a mí también quisieron acudirme con remedios farmacéuticos y caseros, éter, agua, vinagre. Mi juvenil orgullo se rebeló. Protesté. «Si no tengo nada. Total un palo en la mano. ¿Ven ustedes? No hay hueso roto. La manejo bien». La agresión había sido tan imprevisible, que yo no sabía el nombre de mi apaleador. «Se llama Rivas Moure. Es uno que por influencias de Dochán desempeña interinamente una cátedra del Instituto». Sin querer, y como si masticase alguna

cosa pesada e indigesta, al retirarme a mi casa iba murmurando: «Rivas Moure, Rivas Moure» La mano me escocía. Por fortuna era la izquierda.

## XIII

Y digo por fortuna, porque, a la verdad, el ser apaleado e inutilizado a causa y en defensa mi tío me parecía la mayor primada del mundo. Era indudable que en concepto de sobrino de don Felipe Unceta me habían pegado, y esta injusticia de la suerte me envenenaba la sangre. Hasta entonces, en diferentes camorras con compañeros, yo había vapuleado sin recibir. Ahora me zurraban a traición, y el palo a mi tío iba dirigido moralmente; pero al fin daba en mi cuerpo. ¡Rayos y truenos! En mi interior repetía: «Rivas Moure... ¡Ah! Yo te pillaré.»

Hubiese dedicado a esta caza el día, si la casualidad no lo dispusiese de otro modo, quizá más oportuno y conducente a mis planes. Presentóse en mi casa azoradísimo, a cosa de las once, cuando aún tenía yo la mano envuelta en paños de árnica, el director de *El Teucrense*, descolorido y desencajado, y en pocas palabras me enteró de que le ocurría un lance... un lance serio, comprometidísimo: y era que *La Aurora*, sobre haber lucido para él de tan desapacible modo, ahora, a las diez de la mañana, le había enviado dos padrinos, los señores Dochán y Rivas Moure cuya visita tenía por objeto buscar «solución honrosa» al conflicto provocado por la mañana a la salida del baile. «De modo que —decía el pobre diablo, pues en el fondo no era otra cosa el director— aquí me tiene usted, después de que me han agredido brutalmente, metido de cabeza nada menos que en un desafío. ¡Le digo que nuestra misión es una serie de amarguras! Un desafío.. Yo había pensado en us-

ted para padrino: en usted y en don Felipe, si quisiese... pero de seguro no querrá... por lo cual, si le parece, iremos ahora a solicitar el concurso del señor Castro Mera. No, a mí no crea que me intimida el lance como lance... Solo que siempre son disgustos: tiene uno hermanas, familia a la cual se debe... y no agrada la idea de dejarla en el desamparo...»

Me volví en la cama—estaba acostado—y solté la risa. «Tranquilícese—contesté al bueno del director.—No dejará usted desamparadas a sus hermanas por ahora. Es más: si se guía usted por mí, y si Castro Mera me entiende y se adapta a mis instrucciones, le prometo que ni siquiera habrá lance. Voy a levantarme y saldremos reunidos. Usted hágame el favor de enderezar el cuerpo, de ladear el sombrero y de encender un puro y fumar con mucho garbo mientras andemos por esas calles de Dios. Porque esté seguro de que nos siguen los pasos y nos atisban. Al ir a casa de Castro Mera, daremos un rodeo para pasar por delante de la redacción de *La Aurora*... Que sí, hombre, que sí; que no saldrá nadie ni con junquillo. Respondo yo. ¡Ay!.. Y por la calle... ni la palabra del objeto de nuestra correría. Procuraremos hablar alto, y de cosas indiferentes: de *Os Turrichaos*, del frac de don Apolo añejo, o de las chicas guapas, o de un rayo que las divida... pero del desafío, ni esto.

Salimos, en efecto, juntos, no sin que yo, por lo que *potest contingere*, me hubiese provisto de un recio palo de tojo, cortado en mi monte patrimonial de la Ullosa, y capaz de dar mucho juego, manejado con arte. El director del *Teucrense*, siguiendo mis Consejos, iba engallado y firme, aunque no tan provocativo y matón como yo le quisiera. Al acercarse a la esquina por donde había que torcer para pasar ante la redacción de *La Aurora*, mostró olvidarse de lo convenido, e inclinarse a echar por el camino más corto; pero no lo sufrí, y girando resueltamente hacia la izquierda, me metí por la calle que nos conducía a la

misma boca del lobo, a la temida redacción... «Animo. Nada de prisas. Nada de torcer la cabeza» deslicé aloido de mi apadrinado. No me engañaba al presumir que serían notados nuestros menores pasos y movimientos. Detrás de los cristales de las vidrieras había curiosos ojos, oídos que pretendían sorprender algún fragmento de nuestra conversación, lenguas, que comentaban nuestra actitud, y particularmente la del periodista. La imprenta de *La Aurora*, a planta baja, estaba entreabierta: allá en el fondo se veía la máquina, los galerines con la composición, y dos o tres hombres de blusa que rodeaban a un individuo de americana, en quien reconocimos al punto al famoso Requenita, iniciador de la zambra del Casino. «Ahora se nos hechan encima»—murmuró el de *El Teucrense* apretándome el codo. «Haga usted como yo—respondí;—mire usted para dentro frunciendo mucho las cejas.» Hizolo así; Requenita, fingiendo no habernos visto, se internó en las profundidades de la redacción: nadie asomó, ni ganas, y en paz y en gracia de Dios llegamos al portal de Castro Mera.

Nos recibió el diputado provincial de babuchas blancas y en mangas de camisa; también él acababa de salir de la cama en aquel momento y se disponía a rasurarse.

Apenas enterado del objeto de nuestra visita noté con sorpresa que estaba tan aturrullado y receloso, como si a él mismo, y no al periodista, tocase cruzar el hierro. Al verle que se le podía recoger con cucharilla, comprendí la necesidad de que yo me atribuyese facultades dictatoriales. «Déjenme ustedes a mí—les dije.—Respondo de lo que ocurra. En último caso, me bato por el señor. Pero pierdan cuidado, que no llegará la sangre al río. Todo esto de los desafíos es guagua. No sé a qué viene tenerlos tanto asco, si al fin nunca vemos enterrar a ningún individuo muerto en un lance de honor. Esta madrugada corrimos más peligro con los garrotes de esos mamarrachos. ¿Que-

re usted quedar bien, sí o no? Pues denme plenos poderes y facultades omnímodas. Usted, señor director, ya no nos hace maldita la falta. Se va usted a su redacción, o a su casa, o a donde se le antoje, y escribe usted para el número de mañana un artículo que en sustancia diga esto:—Los barateros y rufianes que se reúnen en número de cinco para agredir a dos personas inermes, son víctimas de un caso fulminante de *canguelitis* cuando las cosas se formalizan y se llevan al terreno del honor.—Como al partido de ustedes lo que más le conviene es inutilizar a Dochán; aluda usted claramente a Dochán mismo, y asegure que sus seides forman la nueva cuadrilla de apaleadores. Esta tarde leeremos el artículo y le daré el vistobueno. Lo demás corre de mi cuenta.» Recuerdo que Castro mera me dió un golpecito en la espalda, murmurando: «¡Chico listo! Veo que conoce usted la brújula... Sostener al tío contra viento y marea... ¡Sobberbio! No tiene Dochán un segundo por el estilo.»

Llevé aquel negocio militarmente. Castro Mera y yo nos *personamos* en casa de Dochán, sin aguardar a que él viniese a buscarnos y sospechase que huíamos de la quema. Un tanto sorprendido por lo enérgico de nuestra actitud, el jefe de los enemigos de mi tío hizo llamar a Rivas Moure, que entró en la sala cabizbajo y nos saludó sin mirarnos a la cara. Le medí desde el primer instante con ojeada despreciativa, afectando dirigir la conversación a Dochán exclusivamente. Mi arenga se dividió en tres puntos: primero, que sentíamos que los señores de *La Aurora* se nos hubiesen adelantado, porque desde la emboscada del Casino, nuestro apadrinado deseaba encontrar alguien en quien castigar debidamente la indigna agresión; segundo, que siendo el ofendido el director de *El Teucrense*, entendía que el duelo durase hasta quedar inutilizado uno de los combatientes, tercero, que no podía contentarse con un palito más, dado con la hoja de un sable sin filo, sino que exigía la pis-

tola, a veinte pasos, avanzando, hasta conseguir «sus propósitos».

A medida que yo hablaba, el semblante irónico y cauteloso de Dochán se oscurecía, y Rivas Moure, que tenía un hociquito de comadreja, exangüe y mal barbado, fijaba con azoramiento las pupilas en la punta de sus botas, no atreviéndose a levantar la consternada faz. Por último rompieron el silencio, se resolvieron a mirarse, y puestos de acuerdo con aquella ojeada, Dochán articuló:

—Lo que ustedes proponen... no se han fijado ustedes bien... Yo no puedo aceptar responsabilidades gravísimas. Vivimos en una época y en un país civilizado...

—Pues a veces parece mentira, y si no que lo diga el Sr. Rivas Moure—contesté volviéndome hacia el catedrático suplente, el cual torció la cabeza y se puso verduoso.

—En fin, nosotros...—balbuceó Dochán.

—Nuestro deber es impedir una escena cruenta... un día de luto...

—El duelo es inmoral—añadió sentenciosamente Dochán, levantando un dedo corto y peludo.

—Lo inmoral, Sr. Dochán—respondí muy despacio, recalcando las sílabas—es que nuestras costumbres políticas se hayan rebajado tanto, que forme parte de ellas el insulto, el apaleamiento y la agresión traicionera, sin que nadie proteste con un acto digno. El señor director de *El Teucrense* ha sido agredido de la manera más vil, cuando ni tenía medios de defensa ni amigos que le guardasen las espaldas; y bastante hace al admitir una satisfacción en el terreno que pisan los caballeros, pues estaría en su derecho si, imitando y llevando a la perfección los procedimientos de su adversario, le clavase una bala en la sien, donde quiera que lo encontrase. Conste así, y ruego a ustedes que tomen este asunto con toda la seriedad que exigimos. Esperamos pronta respuesta, y volveremos a recogerla a las cuatro de la tarde.

Castro Mera y yo salimos de allí disputando. El abogado estaba atónito de mi ardimiento, y a la vez alarmadísimo, temiendo que los otros se las *tendrían tiesas*: «Amigo Castro—le dije—esta tarde, a las cuatro y media, redactará usted un modelo de acta que dará las doce. Esa gente es tan osada y cínica como blanca de sangre. Capaces de atacar por la espalda cuando van en mayor número, no lo son de ponerse en un lance uno a uno ante el cañón de una pistola. Sólo pido de plazo hasta las cuatro y media. Estoy tan seguro del resultado, que no apuesto, porque sería, en puridad, robarle a usted los cuartos».

Realizáronse completamente mis vaticinios. A la tarde, Dochán y Rivas Moure, hechos un caramelo de puro cortesés, nos ofrecieron todo género de satisfacciones, jurando que sólo la exagerada caballerosidad y delicadeza de su apadrinado había sido causa de una mala inteligencia, y de una provocación que, en su entender, «no procedía». No solamente el redactor jefe de *La Aurora*, señor Requena, da a ustedes las satisfacciones más cumplidas...

—Sí... pero ¿y el bastonazo?—pregunté encarándome con Rivas Moure.

—Aquí somos gente formal—interrumpió Dochán.—No atribuímos importancia a lo que carece de ella... Un acaloramiento... Cuando asiste uno a bailes y fiestas y pasa algún rato en el *buffet*... Usted comprende... Por lo demás...

—Bueno, pues que conste en el acta la borrachera del señor redactor—indicó Castro Mera, que, ya envalentonado por el giro que tomaba la cosa, se permitía hasta decir chistes...

—¿Y qué es lo que iban ustedes a hacer además de dar en el acto las satisfacciones más cumplidas?

—Pues además... queríamos decir a ustedes... que de hoy en adelante *La Aurora* no... vamos, que guardará consideraciones... a *El Teucense*... y... y a su director... Porque es realmente aflictivo que en el

*estadio de la prensa* se realicen esos pugilatos... La prensa, en cumplimiento de... de su misión sagrada... debe marchar unánime, gestionando los intereses vitales de la región... Duele presenciar ciertos espectáculos.

—Vamos—dije a media voz, pero no tanto que no pudiese oírlo Rivas Moure.—De ayer a hoy han descubierto que la misión de la prensa... ¡Botarates! Gato escaldado...

Extendió el acta Castro Mera, con todas aquellas retractaciones y satisfacciones que pudiésemos desear; firmáronla por su apadrinado ellos, y por el nuestro nosotros; y así que la doblamos y la guardó Castro Mera en su bolsillo, reinó embarazoso silencio, hasta que lo rompió Dochán, proponiendo que nos fuésemos al café a solemnizar el fausto desenlace de tan enojoso asunto. Aceptamos, y nos instalamos ante una mesa donde el camarero depositó inmediatamente el servicio de café y la clásica garrafitita de coñac. Fundióse el hielo y la conversación se hizo animada. Los padrinos de *La Aurora* estaban indudablemente satisfechos, por la terminación, si no muy gloriosa, al menos bien pacífica del lance, y hasta se permitían bromear con nosotros y manifestar una cordialidad que parecía anuncio de próxima reconciliación entre los partidos *dochanista* y *uncetista*. Aquella era la ocasión que espiaba yo para extraerme la hiel del cuerpo. Rompiendo el mutismo que guardaba y dejando mi café intacto, me puse de pie y dije lo más alto que pude:

—Señor Rivas Moure... usted creía sin duda que al sentarme aquí era con ánimo de tomar café en su compañía. Pues estaba equivocado, muy equivocado. Lo que yo buscaba era coyuntura favorable de decirle a usted que no tomo ¡ni gloria! con los cobardes pue apalean a traición.

Y sin añadir palabra más, cogí la taza del café abrasando, y la arrojé contra la cara de Rivas, don-

de se estrelló, poniéndole de perlas. Alzóse un tumulto; se interpusieron; Castro Mera me sacó de allí... y a poco oía un regular sermón de mi madre, trémula de susto y de indignación contra «ese pillete de Rivas, que ya el año pasado engañó a una muchacha, y la plantó, con un chiquillo en el vientre.»

## XIV

¡Divina Peregrina, y como vino al día siguiente la buena de *La Aurora*! Suelos embozados y misteriosos; otros que se clareaban; un largo artículo titulado *Manos ocultas*; unos versos macarrónicos que ocupaban casi toda la tercera plana; el número entero, en fin; consagrado a demostrar esta palmaria verdad: que mi tío Felipe Unceta tenía a sueldo un ejército de espadachines, entre los cuales figuraban, en primera línea, su sobrino y el director de *El Teucresense*; que con este ejército aterrorizaba y cohibía y ahogaba la voz de la prensa imparcial; pero que no le valdría la treta, porque ellos (los de *La Aurora*) estaban determinados a irse al bulto y a no entretenerse con espantapájaros y testaferreros, imponiendo severo correctivo al que se escondía cobardemente detrás de sus mesnadas, pues ya encontrarían modo de llegar hasta su inviolable persona. Mezcladas con estas indirectas del Padre Cobos venían otras no menos ofensivas; salían por centésima vez los solares, con lujo de pormenores aún inéditos, y se hablaba de ciertos incidentes ocurridos en el baile entre un suegro y un yerno, una hijastra y una madrastra, incidentes que habían procurado el donoso espectáculo de una reconciliación de familia, hecha en público por la esposa sin anuencia del esposo.

Con el periódico en el bolsillo salí a pasear mibe-

rrinche. Echando mano de toda la filosofía que tengo de reserva, pensaba para mí sayo: «¿Qué se hace aquí? ¿Sentarles la mano de verdad, o mandarles al cuerno? Delibera, Salustio. Comprendo que te molesten algo ciertas estupideces, que te indigne la mala fe de presentarte como un seide de tu tío, una especie de sicario asalariado para tirar tazas de café hirviendo a la cara de sus adversarios políticos. Pero reflexiona y hazte cargo de una cosa, que te refrescará la sangre, impidiéndote cometer las barbaridades que se te ocurren. El razonamiento a que debes atender para calmarte, no tiene vuelta de hoja. *La Aurora* no se lee fuera de aquí, y aquí todo el mundo sabe cómo las cosas han pasado: luego ni aquí ni fuera puede perjudicarte. A quien perjudicará unas miajas será a tu tío y a su prestigio político. Supongo que dirás que por ahí te las den todas.»

Con estas reflexiones me apliqué. Sin embargo, dediqué la tarde a pasear los sitios más públicos, a fin de que no dijese que me escondía, y puedo asegurar que por ningún punto del horizonte vi rastro de Rivas Moure ni de otras gentes de su calaña. A pesar de que duraba aún la tornafiesta de la peregrina, ellos se habían retirado huyendo del mundanal ruido.

Al recogerme a casa para cenar, encontré a mi madre agitadísima: hasta me esperaba en la escalera para desahogar más pronto.

—¿No sabes?—dijo precipitadamente.—Todo se vuelve líos. Ahora vamos a tener huéspedes en la Ullosa. Yo salgo para allá mañana en el coche de la tarde, y ellos pasado en una carretela que alquilan. ¡Bonito jaleo se me prepara! Y me parece que allá no tengo azúcar, y que se me acabó todo el dulce de pera. No se cómo voy a salir del compromiso. Sólo esto me faltaba: encontrarme con tu tío y su mujer a cuestras...

—¿Cómo?—pregunté no menos alterado que mi madre.—¿Dice usted que mi tío y su mujer se van a